

1

Conociendo al Maestro

(Lee Juan 1:35-42)

A un escultor se le preguntó: “¿Cómo tallas un elefante?” El respondió: “¡Simplemente tomo un bloque de mármol y cincelo todo lo que no es elefante!”

Cuando Dios nos escoge, moldea y corta todo lo que está interfiriendo en el camino de nuestro servicio para El. Su enfoque no está en lo que hacemos, sino en lo que *somos* en lo recóndito del alma. Moldear nuestro carácter es siempre su prioridad. Las personas, circunstancias y luchas invisibles para otros, dentro del corazón, se convierten en el cincel con el cual nos forma según su deseo. Dios *quita todo lo que no sea semejante a Cristo*.

El proceso no termina en esta vida, pero gracias a Dios, no tenemos que ser perfectos antes de que podamos conocerle íntimamente y ser usados para su gloria. La historia nos dice que Dios utiliza gente imperfecta; El bendice con benevolencia a quienes hubiéramos descartado desde hace mucho tiempo, y nunca termina con la materia prima que está en sus amorosas manos.

Nuestra reacción ante su cincel, sin embargo, determina el grado de utilidad, es decir, qué tanto bien haremos que perdure por la eternidad.

Consideremos a Pedro, el famoso apóstol, el hombre en cuyo honor se edificó la elaborada basílica de Roma. Mientras él crecía, siendo un joven en Betsaida, nadie hubiera pronosticado que estaba destinado para la grandeza. Pasó sus primeros días pescando en el mar de Galilea; cuando mucho tenía una educación rudimentaria, y con seguridad hubiera estado dispuesto a vivir en el anonimato. Quizá llegó a familiarizarse con el idioma y la cultura griega, debido a la influencia foránea en el pueblo judío. Pero aun después de tres años con Cristo, se le juzga como un hombre iletrado y del vulgo (Hch. 4:13). Sin embargo, a pesar de esto, piense en todo lo que Pedro logró!

Casi toda la información que tenemos acerca de la familia de Pedro nos dice que él tenía un hermano, Andrés, y que el nombre de su padre era Jonás. Estos hombres eran compañeros de pesca con otros dos hermanos, Jacobo y Juan, cuyo padre era Zebedeo. El negocio era tan próspero que necesitaron contratar más personal para que les ayudara en el oficio. Con el paso del tiempo, y de una forma increíble, estos cuatro jóvenes fueron escogidos para ser los discípulos de Cristo.

Aunque nació en Betsaida, Pedro se había trasladado a Capernaúm, y estaba casado cuando se encontró con Cristo. Su suegra fue sanada de una fiebre, al comienzo de su amistad con Jesús, según Marcos 1:29-31. Veinte años más tarde, Pablo menciona que con frecuencia, Pedro llevaba a su esposa consigo en los viajes misioneros (1 Co. 9:5). Sólo podemos especular acerca de la presión que debe haber traído sobre su matrimonio la decisión de seguir a Cristo.

Al mencionar el nombre de *Pedro*, se obtienen múltiples y variadas respuestas. Algunos lo recuerdan por

sus comentarios vacilantes e impredecibles en esas fluidas discusiones con Cristo. Otros piensan en su notable profundidad con respecto a la persona de Cristo; o en contraste, cuando temeroso lo niega en presencia de una joven sierva. Nuevamente le recordamos por su valor cuando confrontó a la multitud en el día de Pentecostés. Aquellos que han sido particularmente bendecidos por sus escritos (1ª y 2ª de Pedro) piensan en él como el teólogo que conocía a Dios y dio instrucciones explícitas sobre cómo los cristianos debían comportarse en un mundo hostil. Ninguna otra personalidad, en la Escritura, muestra tanta fe y duda, valor y temor, amor e impulsividad a la vez. Ningún otro discípulo revela su corazón tan frecuente y honestamente. Pedro es, en las palabras de Clarence McCartney: "La persona más vívida e intensamente retratada en la Escritura".

Pedro provee un ejemplo excelente sobre cómo Dios moldea una vida, iniciando con la materia prima y progresando hacia un producto más terminado. Las técnicas de capacitación utilizadas por el Señor, incluyen la motivación, la repreensión, la instrucción pública, pero también la reflexión privada. Había gozo y tristeza, éxito y fracaso. Cristo interactuó con Pedro más frecuentemente que con cualquier otro de sus apóstoles. La conversión en sí es instantánea, pero el refinamiento del carácter de Pedro continuó a través de toda su vida. *Esto no era nada menos que la obra esculpida del alma.*

Algunos quieren hacernos creer que la naturaleza humana sólo puede ser modificada, no transformada. Ellos piensan que los mentirosos rara vez se tornan honestos, en muy pocas oportunidades los adúlteros se vuelven fieles y casi nunca los adictos pueden ser libres de su adicción. Aunque estos hábitos cambien, la disposición del corazón permanece esencialmente igual.

Cristo enseñó, y la gente honesta estará de acuerdo, que todos somos fatalmente defectuosos. *Porque de*

dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre (Mr. 7:21-23).

En su famosa novela, Séneca grita desesperado: “¡Oh, si una mano descendiera del cielo y me librara de constante obsesión por pecar!”. La vida de Pedro es un poderoso testimonio sobre la buena nueva de que una mano *se ha extendido* desde el cielo para darnos apoyo sobrenatural. No estamos limitados a los esfuerzos propios para llevar a cabo la transformación fundamental de nuestro carácter. Dios ha visitado el planeta, y debido a su gracia podemos ser diferentes.

Pedro conoció a Cristo durante el poderoso, pero controvertido ministerio de Juan el Bautista, quien le ordenaba a la gente que se arrepintiera porque el Mesías pronto sería revelado. Este profeta radical atrajo de tal manera la atención, que garantizó una visita de los representantes de la institución religiosa, los cuales se preguntaban quién era él realmente (Jn. 1:19-28).

El ministerio de Juan recibió un impulso debido a que las personas anhelaban que un redentor viniera y les guiara hacia la victoria, en contra de Rorna. La nación estaba bajo la ocupación romana, y la gente respondía con todo el resentimiento que un dominio tal enciende. Estas legiones romanas eran visibles en las ciudades y aldeas, y hasta los impuestos debían ser pagados a estos extranjeros que sólo buscaban el beneficio personal. Los judíos se animaban con la creencia de que el Mesías vendría y aplastaría a las autoridades romanas, además de implantar un estado completamente judío. Este orgullo nacionalista inflaba la categoría de quienes escuchaban el mensaje de Juan. No es de sorprendernos que algunos de los pescadores de Galilea

realizaran un viaje de 80 millas, hasta donde Juan estaba bautizando, para satisfacer su curiosidad

Jesús mismo visitó a Juan quien era su primo en la carne. Cuando Juan lo vio viniendo hacia él, cerca del Jordán, exclamó: *He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo* (Jn 1:29). Entonces Juan le contó a sus discípulos cómo él había tenido el privilegio de bautizar a Cristo, y acerca de cómo Dios mismo había dado testimonio de que *éste era el Hijo de Dios*.

Dos de los discípulos de Juan escucharon su discurso, y quedaron tan impresionados que lo dejaron para seguir a Cristo, hasta su lugar de residencia. *Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: Rabí (que traducido es, Maestro), ¿dónde moras?* (Jn 1:38). Jesús siempre estaba listo para invertir tiempo en sus seguidores, así que les extendió la invitación: *Venid y ved* (Jn 1:39). Caminaron con Él hasta donde vivía y, según la costumbre romana, le visitaron desde las 10 de la mañana hasta que el sol se ocultó.

Nos debería maravillar la disponibilidad que Cristo tenía para toda clase de personas. Él estaba dispuesto a compartir con aquellos que tomaban tiempo para investigar sus afirmaciones, y tenía el tiempo y la disposición para responder inquietudes, como también para mostrar bondad. Aquí estaba un hombre que comprendía tanto las motivaciones del corazón, como su potencial para grandes bendiciones o desastres.

Estos dos discípulos, Andrés y muy probablemente Juan (el hermano de Santiago, hijo de Zebedeo, que llegaría a ser conocido como el "discípulo amado") estaban cada vez más impresionados. Durante aquellas horas estuvieron absolutamente convencidos de que Jesús era el Cristo, el Mesías prometido de Israel. Increíble como parecía, ¡éste era Aquél a quien habían estado esperando!

Andrés se fue de la reunión e inmediatamente buscó a su propio hermano Pedro, para contarle la noticia: ...*Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo)* (Jn. 1:41). La palabra griega puede ser traducida *eureka*, un término atribuido a Arquímedes cuando descubrió un método para determinar la pureza del oro. Estos dos discípulos, sin embargo, habían encontrado algo de mucho más valor. ¡Habían hallado una perla de valor infinito, al Mesías, al Señor, al Rey!

Andrés no era un erudito, pero sabía que si su hermano conocía a Jesús personalmente, llegaría a la misma conclusión. Entonces, con un corazón lleno de calor y afecto, Andrés trajo a Pedro hasta donde estaba Jesús. ¡Descubrió que apenas tenía que presentarlos el uno al otro!

Andrés sobresale produciendo un fuerte contraste con su famoso y ostentoso hermano. De él no se dice que haya predicado algún sermón, ni hecho una promesa apresurada, o preguntas impertinentes. Pero estaba activo detrás de la escena trayendo la gente a Cristo, y ciertamente sólo este hecho es suficiente para asegurarle a Andrés, un lugar en la historia. Aquellos que son fieles trayendo un siervo sobresaliente a Cristo, comparten la recompensa de quien le sirve de manera poderosa.

Pocas personas han oído mencionar a Edward Kimball. Sin embargo, él fue el maestro de la escuela dominical que guió a D. L. Moody, a Cristo. Nadie conoce el nombre del predicador laico e iletrado que enseñó en una capilla primitiva británica, sobre el texto: *Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra...* (Is. 45:22). Pero a través de ese canal imperfecto, el famoso Charles Haddon Spurgeon se convirtió.

Andrés nos enseña que cuando hacemos el bien que está a nuestro alcance, logramos más para Cristo que si realizáramos algún servicio evidente ante los ojos humanos, pero que pierde la aprobación de Dios, quien

siempre inicia su trabajo especial en secreto y es sólo más adelante, cuando el plan se hace claro para su pueblo. Es un gran privilegio ser la piedra por donde escalan quienes están destinados a vivir una confrontación decisiva y más personal con Cristo.

Andrés llevó su hermano a Cristo, pero, aparentemente no tuvo la oportunidad de hacer una presentación formal. En el momento cuando se conocieron, Cristo contempló a Pedro con una mirada que conllevaba la promesa de esperanza y poder: ...*Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas (que quiere decir, Pedro)* (Jn. 1:42). *Cefas* es el nombre en arameo para Pedro, que significa *roca*. Cristo no sólo sabía quién era Pedro, sino también lo que llegaría a ser.

¡Tú eres! Es el diagnóstico.

¡Tú serás! Es la promesa.

Pedro, con su conocimiento del Antiguo Testamento, bien pudo haber pensado en Abram, a quien Dios le cambió el nombre por Abraham (padre de una multitud), y Jacob, cuyo nombre fue reemplazado por el de Israel (Dios lucha). Dios nunca le cambia el nombre a un hombre, sin cambiar también su carácter y posición.

Saber el nombre de Simón era conocer su carácter presente y su vida. Otorgarle un nuevo nombre demostraba que se convertiría en una persona diferente. Sólo Cristo, quien tenía tanto el conocimiento como el poder para moldear a este hombre según las intenciones de Dios, podía hacer una predicción de esa índole.

Tal conocimiento y poder pueden ser aterradores como también confortantes. Si Jesús nos conoce completamente y aún nos ama lo suficiente como para remodelar nuestras vidas, podemos recobrar el ánimo. Aunque su cincel herirá, al final de cuentas nos beneficiará, además del verdadero honor que significa ser moldeado por la mano del Maestro.

Pedro aprendió, como todos debemos hacerlo, que estar en la presencia de Cristo produce desesperación, pero al mismo tiempo esperanza. Aquellos que le rechacen desearán no haber nacido, y quienes se sometan a El se tornarán en una obra maestra que perdurará, dándole para siempre el crédito al divino Escultor.

Cristo sabe quiénes somos ¡Tú eres Simón!

Ocasionalmente, Dios selecciona a sus líderes de entre quienes han nacido en una cuna noble, a los inteligentes, o a los talentosos, pero generalmente usa el barro común y corriente, las piedras ordinarias. El hogar sencillo de este pescador, sería la cantera de la cual esta piedra sería excavada. Si hubiéramos realizado un estudio sobre el humilde origen de Pedro, nunca hubiéramos imaginado que finalmente se convertiría en la materia prima para un santo.

Cristo conocía el verdadero carácter de Simón, sus fortalezas y debilidades, sus aspiraciones, inseguridades y desánimos, también la vocación y sus pensamientos íntimos. El sabía cómo Simón respondería a todos los giros y obstáculos que encontraría en su camino. ¡El conocimiento de Cristo era tan exhaustivo, que bien podía haber escrito toda una biblioteca con varios tomos acerca de aquel cuyo nombre era Simón, hijo de Jonás!

Los consejeros nos dicen que con frecuencia sus clientes no son completamente honestos. A todos nos gusta presentarnos de la mejor manera posible. ¿Quién de nosotros le revelaría los pensamientos secretos a otros? No obstante, sin decir ni una sola palabra, sin la más remota posibilidad de usar caretas para quedar bien, y sin ocultar nuestras limitaciones ni tentaciones, *¡Cristo sabe!*

Nuestras vidas y pensamientos son libros abiertos para Jesús: *Y no hay cosa creada que no sea manifiesta*

en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta (He. 4:13). El conoce nuestros nombres y mucho más.

También conocía el linaje de Pedro: *Tú eres Simón, hijo de Jonás*. Algunas personas piensan que nacieron en una familia equivocada; otros, no conocen a sus padres por causa de la muerte, o la adopción. Debido a que las familias están muy divididas en nuestra nación, quienes luchan con la incertidumbre de sus raíces familiares, frecuentemente están desesperados por llegar a sentirse emocionalmente satisfechos. Sin embargo, ¡Cristo sabe!

En enero 5 de 1527, Félix Manz fue traído de la prisión Wellenberg en Zurich, Suiza, al río Limmat para ser ahogado por su fe en Cristo. Su crimen fue rechazar el bautizo de infantes, y haberse rebautizado siendo adulto, después de confesar públicamente su fe en Cristo. A medida que lo empujaban al agua, la voz de su madre se escuchaba por encima de las olas urgiéndole a que se mantuviera firme en su fe.

Este famoso mártir era hijo ilegítimo de un sacerdote que practicaba la inmoralidad sexual, un pecado que era tan común en aquellos días, como lo es hoy. Esta es una prueba, si pruebas se requieren, de que Dios puede usar poderosamente a quienes son concebidos fuera del vínculo matrimonial. Cristo no está limitado por nuestra historia familiar. El Cristo que conocía el linaje de Pedro, también conoce todo lo que avergüenza a nuestra familia.

Recobra el ánimo, tú que estás avergonzado de la historia familiar. Estás parado en la presencia de Cristo, quien te ama y tiene un plan para tu vida sin que importen tus raíces familiares. Su cuidado providencial no está limitado por tu linaje. El está preparado para

moldear amorosamente a los hijos de alguien sin importancia aparente, si se someten a su infalible mano.

Cristo no sólo conoce lo que es verdadero en nosotros, sino también lo que habría sido verdadero si nuestras circunstancias hubieran sido diferentes. La historia de Pedro sería muy distinta, si su nacimiento hubiera ocurrido en una familia y pueblo diferentes. Cristo sabía lo que Pedro hubiera sido en todas estas situaciones.

¿Has sido malentendido? ¿Tus enemigos han difundido mentiras de ti, con la intención explícita de arruinar tu buen nombre? Cristo conoce todo a fondo, con precisión y sin ningún prejuicio; aun tu debilidad, pero te ama y sabe que te puede cambiar.

Cuando Cristo murió en la cruz, estábamos en su mente. De hecho, nos conocía desde la eternidad, y no está a punto de olvidarnos ahora.

Permíteme repetir: *¡Cristo sabe quienes somos!*

Cristo conoce lo que podemos llegar a ser

La historia cuenta de un pintor que vio a un mendigo cuya ropa estaba harapienta, su cabello desordenado y su rostro sucio. El artista decidió pintar al hombre como luciría si hubiera tenido la dignidad de un trabajo y un hogar. Cuando le pidió al mendigo que viera el cuadro, éste no se reconoció: “¿Ese soy yo?” Le preguntó. “Sí”, le dijo el artista. “Eso es lo que yo veo en usted”. Por primera vez, en muchos años, aquel hombre envejecido recibió esperanza, y prometió: “¡Por la gracia de Dios yo llegaré a ser esa clase de hombre que usted ve en mí!”

Cristo, el artista omnipotente, vio no al Pedro que era, sino al que sería. *Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas (que quiere decir, Pedro) (Jn. 1:42)*. Como mencioné anteriormente, el nombre Cefas, en arameo, corresponde al nombre Pedro, que significa

“roca”. La roca se forma con la arena que está bajo mucha presión y calor. El carácter inestable de Pedro sería transformado por uno estable. *Simón* era el nombre dado por sus padres; *roca* era el nombre dado por Cristo.

¿Qué afirma el nombre *roca*? Primero, pensamos en *fortaleza*. Una roca significa estabilidad, poder depender de ella y de su permanencia. El hombre que edifica su casa sobre la roca puede sobrellevar las tormentas de la vida. Aunque todo sea arrasado, la roca permanece firme. Las inseguridades y temores de Simón serían transformados en un monumento a la infalible gracia de Dios.

Segundo, una roca simboliza *permanencia*. Una roca se mantiene firme aunque todo lo demás sea derribado. Cuando una represa se revienta, irrumpiendo con torrentes de agua en el sector, toda la arena que se encuentra a lo largo del río se dispersa, pero las piedras enormes permanecen. Así será al final del tiempo; todo lo que hayamos hecho, y que no estaba sujeto a Dios y a sus propósitos eternos, será arrasado con la avalancha del juicio divino. Las rocas permanecerán.

¿Cuándo es mencionado Pedro por última vez en el Nuevo Testamento? Tal vez seamos tentados a decir que en el libro de los Hechos, o en sus epístolas, pero su nombre está escrito en la Nueva Jerusalén, y estará allá para siempre como testimonio de su fidelidad. Leemos: *Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero* (Ap. 21:14). ¡El nombre de Pedro, permanece grabado en uno de los pilares de la ciudad santa!

Pedro y su contribución a la obra de Cristo, sobrevivirán a la destrucción de la tierra y al incendio que desintegrará todos sus elementos. Esta roca perdurará mucho después de que las llamas del juicio hayan hecho su daño. Ahí está él, un pescador, pero también *un pilar*

en la ciudad eterna de Dios. No podemos estar seguros de que Pedro se convirtió durante su primer encuentro con Cristo. Sin embargo, se fue de esa entrevista inicial muy motivado, como también desesperado. Debe haberse preguntado, si Cristo realmente comprendía quién era él; un pescador rudo, frágil y lleno de deseos carnales. ¿Cómo podría llegar alguna vez a ser conocido como “el hombre de roca?” Sin embargo, su cariño había sido ganado, y su alma estaba conmovida con una pasión inquietante. Ahora que él había conocido a Cristo, nunca sería el mismo. Aunque tenía un pasado ordinario, tendría un futuro extraordinario.

Las palabras de Cristo proveían la esperanza y la motivación que Pedro necesitaba para pensar más allá de las presiones inmediatas de ganarse la vida. En momentos de soledad, malosentendidos y fracasos, él reflexionaría acerca de esas palabras proféticas de Cristo con las cuales se afirmaba que se tornaría en un hombre estable y fuerte. Sin importar el pasado ni el presente, se le había prometido una recompensa futura.

El Tallador había iniciado su trabajo partiendo a golpes una piedra fuerte de la cantera, y de ahora en adelante el proceso avanzaría a un ritmo razonable. Mirando los bordes del pedazo oscuro de piedra, aún sin labrar, el Maestro vio un santo. El cincel haría su trabajo.

Cristo nos puede transformar

¿Por qué Jesús podía confiar tanto en que Pedro se convertiría en un gran hombre? El estaba prometiendo el cambio, no sólo porque conocía el porvenir, sino porque tenía el poder para moldear el futuro. Su promesa no se basaba en un capricho, sino en los recursos que El conocía. *Cristo puede garantizar el futuro porque éste está en sus manos.*

Simón, yo creo, era primogénito, el líder entre sus

hermanos. En el Nuevo Testamento, él formuló más preguntas que todos los otros discípulos; fue el único que intentó caminar sobre el agua; el que hizo la gran confesión en cuanto a quién era Cristo, y también, el que prometió que nunca lo negaría. Frecuentemente, los primogénitos cuentan con ese tipo de cualidades que caracterizan a los líderes, pero que necesitan ser afinadas y dirigidas.

Las diferencias de temperamentos, halladas con frecuencia entre hermanos y hermanas, deberían ser motivo de regocijo, no de comparaciones poco halagadoras. El Escultor divino no manufactura santos como aquel que se dedica a elaborar estatuas en una fábrica. El se deleita tomando la variada materia prima, y creando lo inesperado. Las diversas personalidades, dones, deseos y aptitudes de todo el pueblo de Dios, permanecen intactos, pero son traídos bajo su dirección. Entonces, como las diferentes partes de un cuerpo, cada uno contribuye al fortalecimiento y coordinación del todo.

Ya que ahora Cristo nos está moldeando tal como lo hizo con Pedro, necesitamos tomar un momento para aprender algunas lecciones acerca de cómo el Maestro Escultor realiza su trabajo. Aquí hay algunas observaciones básicas.

Primero, nos golpea el hecho de que las acciones humanas y la providencia divina se dirigen al mismo punto para lograr la voluntad de Dios. Andrés, sin duda, pensó que la decisión de traer a Pedro, a Cristo, era sólo suya; se trata de la respuesta natural de quien deseaba que su hermano compartiera las buenas noticias. Sin embargo, años más tarde, Jesús explicó que quienes llegaron a El habían sido atraídos por el Espíritu Santo. *Las acciones visibles de los hombres son, con frecuencia, las acciones invisibles de Dios.* Cristo escoge las piedras que desea moldear (Jn. 15:16).

Segundo, Cristo inicia la transformación mediante el

perdón de nuestros pecados y el cambio de nuestra disposición. Juan el Bautista dijo de El: *...He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo* (Jn. 1:29). Ahí estaba un hombre que podía tratar con éxito el problema fundamental más significativo de la existencia humana. Cristo iniciaría removiendo el pecado de Pedro para que este humilde pescador pudiera establecer una relación directa con Dios.

En el Antiguo Testamento, el pecado era cubierto, pero nunca eliminado del todo. Día tras día y año tras año los sacrificios debían ser ofrecidos con el conocimiento distintivo de que las ofensas de mañana necesitarían otro sacrificio. Y aun así, los sacrificios cubrían sólo los pecados de Israel. *¡Este sacrificio, quitaría los pecados del mundo!*

Tercero, Cristo puede cambiar la naturaleza humana. Un cristiano no es simplemente un pecador menos sus pecados, sino una nueva creación. Hay una transformación de corazón que es el principio de un nuevo nivel de existencia humana. Esto no implica una vida instantánea de vigor espiritual; simplemente significa que el potencial está allí para una transformación radical.

Jesús empleó la ilustración del nacimiento humano: *...De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios* (Jn. 3:3). Cuando un bebé normal nace, tiene intactas todas las partes de su anatomía. Los dedos de los pies y de las manos, los ojos y los oídos, todos están allí, así que el niño crece o no, de acuerdo a la nutrición y el cuidado que reciba. Cuando nacemos de nuevo, la obra está completa, pero sin el desarrollo total. Aún tenemos que crecer.

A Pedro se le prometió que llegaría a ser una roca, y 30 años más tarde escribió que todos nosotros somos las piedras del templo vivo que Dios está edificando: *...vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer*

sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo (1 P. 2:5). El mismo Señor que tomó el cincel para producir un nuevo Pedro, también lo usará para moldearnos.

Sólo con el paso del tiempo, y de manera gradual, Pedro se dio cuenta de lo mucho que en realidad necesitaba ser cambiado. La brecha entre lo que él era, y lo que llegaría a ser, era más ancha de lo que era consciente. Aprendió que *debía estar dispuesto a admitir quién era, antes de que Cristo lo cambiara en lo que llegaría a ser.*

Antes de que observemos cómo Cristo moldeó la vida de Pedro, identifiquemos nuestro verdadero nombre, con la palabra que mejor describa dónde estamos espiritualmente en este momento. Entonces consideremos cómo Cristo puede darnos un nombre nuevo para su gloria.

¿Es nuestro nombre *ansiedad*? Cristo nos puede denominar *Paz*.

¿Es nuestro nombre *adicción*? Cristo nos puede denominar *Libertad*.

¿Es nuestro nombre *rechazo*? Cristo nos puede denominar *Aceptación*.

¿Es nuestro nombre *amargura*? Cristo nos puede denominar *Amor*.

¿Es nuestro nombre *temor*? Cristo nos puede denominar *Valor*.

¿Es nuestro nombre *culpabilidad*? Cristo nos puede denominar *Perdonado*.

No hay transformación sin dolor, y con cada pequeño cambio, morimos un poquito más a nosotros mismos. El Escultor divino nos hiere para podernos moldear, y nos rompe para podernos enderezar.

A medida que comienza el proceso de moldeado podemos decir como John Newton:

*No soy lo que debería ser,
no soy lo que quiero ser,
no soy lo que anhelo ser.
Pero gracias a Dios
no soy lo que fui.*

El primer paso es someternos al Hombre de corazón amoroso (Jesús), quien tiene un cincel en la mano. *Tú eres..., pero tú serás.*

